

La política cultural de la derecha radical en la era Trump*

The cultural policy of the radical right in the Trump era

EDUARDO NIVÓN BOLÁN**

Abstract

In this text I propose that, in the current conditions of capitalism, mainly that which develops in the United States, changes are taking place in cultural policies. The current conditions are marked by the rise of a ruling class that is characterized by a departure from the democratic values that were associated with the development of the post-World War II welfare state and the construction of multilateralism. The cultural politics developed by the radical right, mainly in the United States, is distinguished by its greater interventionism in institutions and the attack on identity politics developed in the last decades of the last century.

Keywords: cultural politics, radical right, identity politics, democracy, fascism

Resumen

En este texto propongo que, en las presentes condiciones del capitalismo, principalmente el que tiene lugar en los Estados Unidos, se están produciendo cambios en las políticas de cultura. Las condiciones actuales están marcadas por el ascenso de una clase dominante caracterizada por apartarse de los valores democráticos que se asociaron con el desarrollo del estado de bienestar posterior a la Segunda Guerra y a la construcción del multilateralismo. La política cultural impulsada por la derecha radical, sobre todo en los Estados Unidos, se distingue por su mayor intervencionismo en las instituciones y el ataque a las políticas de identidad que se impulsaron las últimas décadas del siglo pasado.

Palabras clave: política cultural, derecha radical, políticas de identidad, democracia, fascismo

El historiador Robert Paxton, uno de los más reconocidos investigadores del fascismo, siempre ha tenido un gran cuidado para aplicar el calificativo fascista a una expresión política, porque para él el término era utilizado más como un insulto y porque veía escasa utilidad en su empleo en lo que concierne al análisis. Como historiador le han interesado más las formas que el fenómeno asumió en su desarrollo, las cuales pueden ser bastante distintas de un país a otro (aunque el anticomunismo y la antidemocracia sean algo compartido). Sin embargo, pese a su prevención en el uso del término para el caso del trumpismo, la violencia empleada por sus seguidores al tomar el capitolio el 6 de enero de 2021 para anular el resultado electoral que privó a Trump de la reelección le hizo superar sus aprensiones. Cinco días después de esta acción escribió en *Newsweek* (11 de enero) "I've Hesitated to Call Donald Trump a Fascist. Until Now" (He titubeado en llamar fascista a Donald Trump. Hasta ahora).

* Artículo recibido el 21/11/25 y aceptado el 03/03/26.

** Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Departamento de Antropología. Av. Ferrocarril San Rafael Atlixco 186, col. Leyes de Reforma 1ra. Sección, 09310 Iztapalapa, Ciudad de México <nivon@xanum.uam.mx>.

En los años veinte y treinta del siglo pasado, el fascismo se asoció con formas particulares de intervención en la economía capitalista, y así sucede también en esta etapa. El capitalismo de la era Trump se presenta como aislacionista y antimultilateralista. Propone una reedición del *destino manifesto* llevado ahora al espacio con el proyecto de llegar a Marte y con acciones del tipo de anexarse Canadá y Groenlandia, territorio rico en tierras raras indispensables para la producción de semiconductores, así como la expulsión de los intereses económicos chinos en Panamá y la denominación del Golfo de México como Golfo de América. El capitalismo de la era Trump ha supuesto una mayor intervención estatal de la mano con las grandes empresas, pero, a diferencia del capitalismo neoliberal, este capitalismo rechaza la competitividad y la eliminación de trabas comerciales a escala global y se apoya ahora en una estructura monopólica u oligopólica centrada en un solo país. No sólo se imponen aranceles, sino obligaciones o prohibiciones comerciales, para lo cual usan de manera abierta, o más bien cínica, el chantaje de los impuestos aduanales.

La caracterización de esta etapa del desarrollo capitalista es difícil por las incertidumbres y obscuridades que la envuelven. Llamémosla poscapitalismo o anarcocapitalismo o capitalismo iliberal; de la era digital o autoritario, o de algún otro modo parecido, pero reconocamos que su sesgo básico es el descarte total de los compromisos del sistema económico con la democracia, que parecía ser un atributo esencial del sistema. Al amparo de la globalización neoliberal, por ejemplo, se extendió el paradigma de los derechos humanos y se alimentó una ilusión utópica de internacionalización de la producción y del consumo. Hoy, el capitalismo aislacionista, ultranacional, iliberal, autoritario, lumpen (Farber 2024, refiriéndose explícitamente al modelo empresarial de Trump), capitalismo nacional (Piketty 2025), capitalismo en un solo país (Bértolo 2025) o capitalismo de la finitud, esto es, un capitalismo que busca la acumulación al margen de la competencia (Orain 2025), se distingue por su aparente antielitismo y, viceversa, por su raigambre populista y antiintelectual. Esto último es un factor relevante, pues la misma estructura tradicional del capitalismo dividido en clases, cuyas fronteras estaban claramente delimitadas, se ha transformado en un modelo homoplútico (Milanovic 2025) donde las elites obtienen ingresos tanto del trabajo como del capital productivo y financiero. Es insolidario y a todas luces se aparta de los ideales de una modernidad democrática y, en general, de los compromisos sociales que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial a favor de una gobernanza global. En los Estados Uni-

dos esto se expresa en una presunta desideologización de la práctica política, que se traduce en el desmarque de todo tipo de política de identidad.

Entonces, si vivimos nuevos tiempos en el capitalismo, vivimos también nuevos tiempos en la cultura, al ritmo en que se transforman la economía y la política. Como en cualquier época, unas y otras se conectan y dan lugar a esquemas institucionales y a políticas públicas en constante acompañamiento y tensión. Es una época, por ejemplo, en que la verdad se ha sometido al volumen de los gritos en las redes sociales. “Por primera vez en los últimos sesenta años, el Centers for Disease Control and Prevention (CDC) [de los Estados Unidos] ha dejado de publicar su conocido semanario *Morbidity and Mortality Weekly Report* (MMWR) durante dos semanas consecutivas de enero 2025 y en este periodo ha encabezado su página web con una nota señalando que la modificaba para cumplir con las órdenes ejecutivas del presidente Donald Trump” (Gené-Badía *et al.* 2025: 1). Quienes escribieron este editorial del mes de marzo de 2025 de la revista de salud pública *Atención Primaria* señalaron que la victoria electoral de Trump se había sostenido en la subordinación de la verdad a la información, lo que podemos constatar en múltiples campos de la vida social, en especial en el de la cultura. Estas transformaciones no serían relevantes si sólo fueran consecuencia de cambios coyunturales, pero, como estoy tratando de describir, nos encontramos en una etapa nueva del capitalismo y de la forma como los Estados se relacionan con él. En otras palabras, lo que sucede en la actualidad en las políticas culturales es consecuencia de las profundas transformaciones de los Estados y de las relaciones internacionales en las que el capitalismo, tal como lo conocimos hasta hace pocos años, parece que ya no existe.

Aunque muchos veíamos con aprensión la segunda llegada al poder de Donald Trump –desde México esto era más evidente porque las amenazas de aranceles y de prohibiciones a la relocalización de empresas afectaba el modelo de desarrollo seguido los últimos años– creo que no habíamos vislumbrado la profundidad de los cambios que esta época nos depara. En el caso de México, las amenazas a la economía se plantearon con claridad desde la propia campaña estadounidense, e incluso antes, y por ello no constituyen una novedad en las políticas, aunque sí en su ejecución en cuanto a su puesta en escena llena de grosería y anti-diplomacia. Pero, más allá de los intereses mexicanos, lo que no habíamos previsto, o no con la nitidez que se merecía, es el proyecto cultural trumpiano.

Habrá que evaluar en un trabajo de largo aliento el devenir de las políticas multiculturales tal como se enunciaron a inicios de los años setenta en Canadá y Australia y también, en esos mismos años, en América Latina, a partir de las declaraciones continentales sobre la autonomía de los grupos étnicos desde la primera declaración de Barbados (de 1971). La trascendencia de los movimientos que siguieron a esos sucesos fue amplia y asumió protagonismo y énfasis diferentes en cada país: los grupos étnicos y las minorías de inmigrantes en el Canadá y Australia, las comunidades indígenas en América Latina, la discriminación positiva en el caso de las minorías raciales en los Estados Unidos y así en los diversos países. El hecho es que el multiculturalismo se identificó con movimientos progresistas y dio lugar a políticas de distinto orden.

Es cierto, por otra parte, que con multiculturalismo nos referimos a muchas cosas. Desde posiciones conservadoras, el multiculturalismo fue cuestionado por el riesgo de ruptura de la unidad nacional de un país y que cobijara el rechazo al ideal de integración de minorías y de grupos de inmigrantes en una sociedad determinada, ya que a partir del multiculturalismo estos grupos priorizarían sus lealtades en favor del grupo de origen y no de la nación en su conjunto. El multiculturalismo daba lugar a que los individuos se definieran por sus diferencias y no por lo que un proyecto nacional común los hace participar. Estos cuestionamientos han sido muy frecuentes en países europeos. Por el contrario, grupos con aspiraciones nacionales, como los quebequenses, lamentan que el multiculturalismo los reduzca a una minoría étnica a la que se hace concesiones limitadas de desarrollo.

En el caso de América Latina las críticas al multiculturalismo tienen otro sentido. En un balance teórico y político sobre tres décadas de políticas multiculturales en América Latina, Claudia Zapata Silva (2019) hacía observaciones cuidadosas sobre las facetas oscuras del multiculturalismo. La autora se cuestiona sobre dos aspectos fundamentales. El primero es si las condiciones sociales de pobreza y marginación de los grupos indígenas se han modificado con la aplicación de políticas multiculturales. Otro problema es si las demandas de autonomía de los movimientos indígenas han sido satisfechas por las políticas sostenidas en ese pensamiento. Ante la respuesta negativa que la autora da a estos dos problemas –una respuesta que puede ser compartida en varios aspectos–, afirma

que “el momento multicultural se encuentra agotado en América Latina, porque no ha dado respuestas satisfactorias al problema de la calidad de vida de los pueblos indígenas, de la desigualdad que sigue marcando su relación con las sociedades nacionales y de la participación política a partir de esa especificidad que ha sido crisis del multiculturalismo en América Latina reconocida sólo de manera parcial” (2019: 13).

Este sentido variable del multiculturalismo es uno de los factores que ha permitido imponer sobre él etiquetas que han dado pie a diversas posturas. A pesar de que los especialistas han tratado de precisar sus términos, los divulgadores de consignas, tanto de derecha como de izquierda, hicieron del multiculturalismo un verdadero campo de batalla. Lo mismo sucedió con la *corrección política*. Éste ha sido un concepto que ha abierto la puerta a contenidos muy variados y ha provocado actitudes políticas progresistas y conservadoras dependiendo de las consecuencias políticas y éticas que se deducen de él.

La corrección política es en esencia una actitud ideológica. Al remontar sus orígenes al ambiente de la izquierda comunista tradicional, asumir una postura correcta era cumplir con los lineamientos del partido, del comité central y, en definitiva, de su liderazgo, o bien, seguir el método indicado en 1957 por Mao Zedong para el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo. Con “lo correcto”, se hacía referencia al sometimiento de los viejos cuadros de los partidos comunistas a los designios autoritarios de los dirigentes. Un luminoso ensayo de Stuart Hall de 1994 titulado “Some ‘Politically Incorrect’ Pathways through PC”¹ (el artículo fue publicado en español dos décadas después como “Unas rutas ‘políticamente incorrectas’ a través de lo políticamente correcto”, Hall 2015) menciona precisamente estos orígenes, señalando que esas posturas motivaron la burla de posiciones dogmáticas de militantes comunistas de los años cincuenta, que desagradaban a los marxistas críticos de la siguiente década. La corrección política comenzó “como un chiste privado de la izquierda” dice Hall (2015: 138).

Fue en los años setenta cuando la corrección política adquirió un nuevo sentido consistente en impugnar el uso de expresiones y la defensa de ideas consideradas contrarias a las reivindicaciones democráticas de grupos sociales marginados. Varios autores señalan el breve ensayo de la activista estadounidense Carol Hanish cuyo título se convirtió en

¹ El texto original apareció en el libro de Sara Dunant *The War of the Words: The Political Correctness Debate*.

slogan del feminismo y de otros movimientos sociales: “The Personal is Political”,² como uno de los puntos de partida de esta actitud. “Lo personal es político” devino en consigna feminista y de lo que después se llamaron los nuevos movimientos sociales. La profesora de estudios literarios Moira Weigel, por su parte, asienta que la activista y académica afroamericana Toni C. Bambara utilizó la expresión “políticamente correcto” en un ensayo en 1970 (2016: s/p) para encuadrar algunas actitudes masculinas. Los planteamientos feministas coincidieron con las movilizaciones estudiantiles de los años sesenta en diversas universidades de los Estados Unidos. En éstas, los años sesenta fueron de intensa movilidad política contra la guerra



de Vietnam, la lucha por los derechos civiles y contra toda forma de discriminación. En ese ambiente político, Herbert Marcuse fue una fuente poco reconocida del despliegue de la corrección política, “no tanto de la expresión cuanto del concepto” (Villanueva 2021: 100), al dar lugar al “fundamento ideológico de la actitud coercitiva que desde el ámbito escolar universitario promoverá el salto de la corrección política hacia el conjunto de la sociedad” (Villanueva 2021: 101). En 1969 Marcuse recordó que

sugerí en [mi ensayo] *La tolerancia represiva* la práctica de discriminar la tolerancia en una dirección inversa, como un medio de cambiar el equilibrio entre la derecha y la izquierda al restringir la libertad de la derecha, contrarrestando así la generalizada desigualdad de libertad (desigualdad de oportunidades de acceso a los medios de persuasión democrática) y el fortalecimiento de los oprimidos contra los opresores. La tolerancia se restringiría con respecto a los movimientos de carácter demostrablemente agresivo o destructivo (destructivo de las perspectivas de paz, justicia y libertad para todos) [2024: 60].

Marcuse iluminó así las prácticas de la nueva izquierda que, en nombre de la corrección política, se imponían sobre opiniones clara o sospechosamente adversas al respeto de las minorías y a sus reivindicaciones. Así, la corrección política fue en realidad una noción aplicada al cuestionamiento del trato que un grupo social da a otro. Es una etiqueta negativa aplicada a otro porque al advertir que alguien quiere ser políticamente correcto se quiere esconder una opinión negativa o prejuiciosa. De este modo, a lo largo de los setenta la corrección política llegó al ámbito de las universidades y de los movimientos sociales y poco a poco fue abriendo paso al establecimiento de pautas en el lenguaje y de las actitudes de los universitarios –profesores, alumnos, autoridades– con relación a minorías sociales o culturales, de manera que se estableció, como define el *Webster’s College Dictionary*, como una actitud progresista sobre temas de raza, género, etcétera.³

Fue en este contexto en el que el triunfo de la derecha radical de los años ochenta en los Estados Unidos y el Reino Unido condujo al enfrentamiento con la corrección política. Me ciño a lo que considero los planteamientos más relevantes de Hall en su texto de 1994 que cité antes. En la época reaganiana, la nue-

² El texto de Hanich fue dado a conocer en 1969 y publicado al año siguiente en *Notes from the Second Year: Women’s Liberation*. Hay versión en español.

³ *Politically correct*, adj. Marked by a progressive attitude on issues of race, gender, etc. *Webster’s College Dictionary*, Random House.

va derecha reaccionó contra la corrección política asumida por activistas de izquierda que impulsaban una actitud de vigilancia de los cursos y conferencias en los campus universitarios en los Estados Unidos. En respuesta, la nueva derecha denunció aquello que pidiera “drenar lo mejor y lo más deslumbrante de la fibra moral de la nación” (Hall 2015: 138). Se trataba de una suerte de golpe o de venganza de los conservadores de los ochenta sobre todo lo que se vivió en ese país dos décadas atrás. De hecho, ésta fue la primera experiencia del profesor Hall con el término “políticamente correcto” al dar una conferencia en los Estados Unidos. Y fue entonces cuando la misma izquierda –“los herederos de la libre expresión y del radicalismo liberal de los sesenta” (Hall 2015: 138)– se apropió de estrategias asociadas a la derecha radical. Fue una situación en la que “lo políticamente correcto empoderaba pequeños grupos de militantes en los salones de clase y en el debate académico sobre los planes de estudio al tiempo que los iba aislando de la arena política general” (Hall 2015: 138). Para los años noventa, la corrección política se había apropiado de las universidades, generando un espíritu inquisidor cuestionable. El filósofo Richard Bernstein, de quien es imposible dudar de su compromiso con las libertades y la democracia, encontró preocupante el ascenso de la corrección política en las universidades. En un artículo publicado a inicios de los noventa señalaba que el término “políticamente correcto” sugería ortodoxia estalinista y se pronunciaba más con ironía y desaprobación que con reverencia (Bernstein 1990), e incluía un conjunto de temas dados claramente por supuesto: estudios de la mujer, estudios de gays y lesbianas, estudios afroamericanos, ambientalismo, apoyo a la autodeterminación palestina, simpatía por los revolucionarios del tercer mundo y varios más. “Pero más que una expresión sincera de creencia, ‘políticamente correcto’ se ha convertido en una burla sarcástica utilizada por aquellos, conservadores y liberales clásicos por igual, para describir lo que ven como una creciente intolerancia” (Bernstein 1990).⁴

Por su parte, Moira Weigel (2016) en vísperas del primer ascenso de Trump a la presidencia publicó un ensayo centrado tanto en la ofensiva contra la corrección política del presidente como en su uso para gobernar, que se ha extendido a otros políticos de la derecha radical fuera de los Estados Unidos. Como lo hizo Hall en los años noventa. Weigel analiza el ataque a la corrección política como una reacción de la derecha radical, aunque con otras características.

Hall ubica históricamente la corrección política en varias coordenadas. Primero está su “americanidad”, aunque no duda de que en otros lugares se haya expresado con otro nombre. Al señalar la americanidad de la corrección política no se refiere a la geografía, sino al contexto social y cultural de los Estados Unidos, marcado por su carácter postindustrial y transformaciones en la democracia. “Tengo la impresión –escribe Hall– de que lo políticamente correcto es reflejo de un fragmentado paisaje político, de la ruptura de las circunscripciones sociales o, al menos, del rechazo a las identidades colectivas muy generales o a ‘categorías mayores’ como ‘clase’ o ‘trabajo’” (2015: 139). Hall identifica la atmósfera de lo políticamente correcto como un resultado de la transformación de sociedades en las que los partidos de masas se han erosionado y en la que los viejos movimientos sociales de la clase obrera se han debilitado. Los “nuevos movimientos sociales”, basados en el reconocimiento y defensa de las identidades, fueron el suelo en el que lo políticamente correcto floreció. “Tal cosa refleja el paso de ‘lo político’ a la arena privada, a la esfera de interacción social informal y a los escenarios de la vida cotidiana” (2015: 139).

Podría decirse, desde otra perspectiva, que lo políticamente correcto fue producto de:

“la culturización de la política”, un enfoque basado en el reconocimiento de que nuestra relación con la “realidad” siempre está mediada y atravesada por el lenguaje y que el lenguaje y el discurso son centrales en cómo opera el poder. [...] Diremos entonces que lo políticamente correcto emergió dentro de una cultura intelectual que experimentó lo que los filósofos han llamado “el giro lingüístico” (Hall 2015: 139).

Así, la corrección política era filosóficamente una suerte de “nominalismo” extremo sostenido en la creencia de que bastaba con llamar las cosas de una manera diferente para que éstas dejaran de existir. Más aún, supuso una noción política bastante individualista e impositiva. “La ‘voz’ más característica de lo políticamente correcto es una presión auto-infringida para ser moralmente intachables” (Hall 2015: 140).

La corrección política ascendió en el ambiente del predominio de la nueva derecha de los años ochenta, pero, aunque fue su adversario declarado, “paradójicamente comparte con ella [con la nueva derecha] la idea de que el juego político se gana o se pierde en el terreno de los asuntos morales y culturales” (Hall 2015: 140).

⁴ La referencia a este texto de Bernstein la obtuve de Moira Weigel.

En el análisis de Weigel, el ataque a la corrección política de la era Trump está muy lejos de la idea de una lucha moral. Para Trump, la corrección política es un encubrimiento, una desviación de los problemas fundamentales de la sociedad estadounidense y, por tal razón, su denuncia es indispensable para asumir el camino certero para su recuperación.

La lucha simbólica y moral que a la sombra de la corrección política emprendió la izquierda en las instituciones educativas y artísticas de los Estados Unidos y que poco a poco se extendió a otros países de Occidente motivó, en sus expresiones más dogmáticas, múltiples censuras. La corrección política llegó a producir un efecto paralizante y de control que la derecha llegó a llamar alguna vez policía del pensamiento. Por eso, al atacar este modelo de conducta ético-política, la derecha se esforzó por mostrar que ella estaba más allá de la corrección política, como una suerte de manifiesto emancipatorio. Weigel cita el comentario de Trump en vísperas de su primera toma de posesión a la periodista Megyn Kelly quien le preguntó si él sostenía una “guerra contra las mujeres” al llamar a algunas que le desagradaban “cerdos gordos”, “perros”, “vagos” y “animales repugnantes” o por el comentario sobre una concursante del show *El Aprendiz* de que sería una imagen bonita verla de rodillas... “Creo, dijo, que el gran problema que tiene este país es ser políticamente correcto” (Weigel 2016).

Los vetos recíprocos que la derecha e izquierda se imponían con motivo de la corrección política abrieron verdaderos frentes culturales e identificaron esta postura como una expresión del marxismo y más particularmente de la escuela de Fráncfort, como lo sostuvo Michael Minnicino (1992) en un ensayo de amplia difusión a principios de los noventa en el que argumentó que el marxismo, desde la época de Lukács, se había propuesto el dominio de la cultura. (En la ideología de derecha, la categoría general es el “marxismo cultural”, en el que se incluye la defensa de la teoría crítica de la raza (CRT); iniciativas ambientales, sociales y de gobernanza (ESG); DEI; derechos LGBTQ+; acciones contra el cambio climático; fronteras abiertas; atención médica universal y energía verde) (Foster 2025). Por otra parte, la anticorrección política fue un recurso para hacer parecer el debate entre las políticas de “izquierda” y de la ultraderecha como un conflicto entre ideología –sea marxista, liberal o simplemente tolerante– y sensatez. Weigel escribió que lo “que los liberales podrían haber visto como un cambio de lenguaje para reflejar una sociedad cada vez más diversa en la que los ciudadanos intentan evitar ofenderse innecesariamente unos a otros, Trump vio una conspiración (2016).

En la década de 2010 los movimientos sociales surgidos de las comunidades afroamericanas de los Estados Unidos presentaron un frente activo en lo social, lo cultural y lo electoral. Mantenerse despierto (*stay woke*) era una consigna de los movimientos antirraciales que se extendió a otras luchas por la justicia social y se convirtió en otro frente ante el que corporaciones, museos y numerosos productos culturales se alineaban, sobre todo en periodo electoral. Disney woke, Barbie woke o hasta capitalismo woke eran ejemplos de la influencia de ideas progresistas en la producción y el consumo de bienes culturales. No es extraño por ello que la ultraderecha estadounidense se haya cebado los últimos años contra lo woke, identificándolo como una forma de antipatriotismo, por el énfasis en factores estructurales de injusticia en la sociedad estadounidense. La denuncia contra la actitud woke se ha dirigido también hacia universidades y medios de comunicación y a organismos internacionales, como se expresa en el primer párrafo del comunicado de Reuters en el que se anuncia la salida de Estados Unidos de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) el pasado 22 de julio.

No quiero negar que la defensa de lo woke resulta problemática, como lo ha comentado en varias ocasiones Slavoj Žižek al señalar las semejanzas entre este pensamiento, o alguna versión de él, y el de la derecha alternativa. En la izquierda, dice Žižek, “la corrección política en Occidente (‘wokeness’) ha desplazado la lucha de clases, dando lugar a una elite liberal que afirma proteger a las minorías raciales y sexuales amenazadas para desviar la atención del poder económico y político de sus miembros” (2022: s/p). E incluso puede propiciar que una minoría “tome una posición de autoridad moral desde la que puedan aterrorizar a todos los demás sin, efectivamente, cambiar las relaciones de dominación” (2022: s/p).

Lo que he querido destacar con este rápido panorama de confrontación ideológica en la sociedad estadounidense es la centralidad de las políticas de identidad. Se trata de una confrontación no sólo ideológica, sino que llegó a expresarse con claridad en varias políticas públicas, algunas de ellas muy relevantes. El presidente Joe Biden, por ejemplo, impulsó, como una reacción al primer gobierno de Trump, políticas de identidad basadas en el acceso, la equidad, la integración y la accesibilidad. En una orden ejecutiva que tituló “Diversidad, equidad, inclusión y accesibilidad en la fuerza laboral federal” del 25 de junio de 2021 (Executive Order 14035 of June 25, 2021

Diversity, Equity, Inclusion, and Accessibility [DEIA] in the Federal Workforce),⁵ emitida a los pocos meses del arranque de su gestión, dispuso que en todas las agencias públicas debían elaborarse planes estratégicos de DEIA, que incluyeran objetivos y acciones trimestrales para promover iniciativas de diversidad, equidad, inclusión y accesibilidad en la fuerza laboral de las agencias y en la cultura de cada una de ellas (sección 4, b).

Las políticas DEI o DEIA remiten a acciones de integración de las minorías estadounidenses desde los años sesenta e, incluso, antes, cuando se llevaron a cabo numerosas protestas contra la segregación racial que dieron lugar a la ley de derechos civiles de 1964. A partir de entonces, estas acciones de integración fueron denominadas *acciones afirmativas*⁶ o de discriminación positiva. Otros movimientos sobre la igualdad de sexos, el reconocimiento de otras formas de sexualidad, el ejercicio de acciones de afirmación de minorías tradicionalmente discriminadas o excluidas en los campos del ejercicio electoral, la educación, el empleo, los deportes, la dirección corporativa o los deportes conformaron un ambiente. Los debates en la sociedad estadounidense fueron inmediatos y se mantuvieron desde entonces con mayor o menor beligerancia. Al integrarse con otras políticas multiculturales, estas acciones adquirieron un sentido filosófico-moral siempre en disputa. Los argumentos más relevantes a favor de las políticas de discriminación positiva son históricas, filosóficas y sociales. Se pretende con estas políticas reparar el daño hecho a poblaciones específicas como las descendientes de esclavos africanos trasplantados de sus lugares origen a América para ser esclavos, el carácter abierto de la naturaleza humana que se abre a opciones inexploradas y enriquecedoras y los efectos positivos en la eliminación de conflictos sociales e incluso la potenciación de la creatividad y la inventiva humana. Por el contrario, la diversidad ha sido cuestionada por ineficiente. Se la considera una puesta en escena cara, burocrática e improductiva a la que se han buscado múltiples maneras de esquivar. Genera división en la sociedad y es injusta, porque produce otros modos de discriminación que cuestionan la igualdad que pretende ser la base de las sociedades democráticas. Es fácil caer en la trampa de que estas posturas opuestas tienen cada una cierta razón, como podría concluirse si echamos mano de la buena voluntad. Sin embargo, en el debate es indispensable eludir la idea

de que se trata de una conspiración de una sevicia marxista que ha trasladado la lucha de clases al terreno de lucha de identidades. Esta postura destila ideología con el fin de evitar reconocer que la base de estas políticas se encuentra en la evidente desigualdad en la distribución del poder a favor de minorías económicas y raciales que se constituyeron como tales a partir de la opresión de otros grupos.

Las políticas afirmativas pasaron en el siglo XXI a ser enunciadas como las políticas de diversidad, equidad e inclusión. Se constituyeron como una propuesta integrada en el siglo XXI y los comités de diversidad fueron una de las más relevantes. Por ejemplo, en 2003 se estableció en la National Football League (NFL) que todo equipo que quisiera contratar un entrenador en jefe (*head coach*) debiera entrevistar al menos un candidato que representara diversidad. La *Rooney Rule* se extendió a otros puestos de la NFL y a otras corporaciones del país (Sheposh 2024: s/p). En la academia, las políticas de diversidad han sido objeto de investigación desde hace décadas. La editorial británica Emerald Group Publishing inició en 1981 la publicación de la revista *Equal Opportunities International* (EOI) que cambió su nombre por el de *Equality, Diversity and Inclusion* (EDI) en 2010. A principios de los años veinte de este siglo, las políticas DEI eran impulsadas por activistas de movimientos raciales y de género principalmente en empresas, universidades e instituciones sociales, de modo que la directiva del presidente Biden sobre la creación de comités DEI en todas las instituciones del gobierno federal dictada en enero de 2021 fue tanto un acto de simpatía hacia los movimientos de diversidad como un rechazo al “racismo sistémico” que durante décadas había cobijado la administración pública federal.

No obstante, grupos conservadores revestidos con el ropaje de expertos (*think tank*) definieron con claridad que la eliminación de estas políticas debía ser parte central de la campaña de Trump. Por ejemplo, el presentador del libro de más de novecientas páginas *Mandate for Leadership. The Conservative Promise* (Dans y Groves 2023), editado por la Heritage Foundation, en las primeras páginas de su texto, al referirse a las políticas de identidad, estableció que:

El próximo presidente conservador debe convertir las instituciones de la sociedad civil estadounidense en difíciles objetivos de los luchadores de la cultura woke. Esto comienza con la eliminación de los términos orientación

⁵ Joseph R. Biden, 2021. Executive Order 14035 of June 25, 2021, *Diversity, Equity, Inclusion, and Accessibility [DEIA] in the Federal Workforce* <https://www.federalregister.gov/presidential-documents/executive-orders/joe-biden/2021>.

⁶ El presidente Kennedy firmó en 1961 la Executive Order 10925—Establishing the President's Committee on Equal Employment Opportunity, en la que enuncia por primera vez esta noción.

sexual e identidad de género (“sogi” [por sus siglas en inglés]), diversidad, equidad e inclusión (“DEI”), género, igualdad de género, equidad de género, conciencia de género, sensible al género, aborto, salud reproductiva, derechos reproductivos y cualquier otro término utilizado para privar a los estadounidenses de sus derechos de la Primera Enmienda de todas las reglas federales, regulaciones de agencias, contratos, subvenciones, regulaciones y leyes que existan [Roberts 2023: 4].

Y así lo hizo en el primer día de su segundo mandato cuando firmó la orden ejecutiva titulada “Fin de los programas radicales y dispendiosos DEI y sus preferencias” (Executive Order 14151: Ending Radical and Wasteful Government DEI Programs and Preferencing).⁷ Esta directiva suponía la finalización en el gobierno federal de todos los que consideraba “programas discriminatorios, incluidos los mandatos, políticas, programas, preferencias y actividades ilegales de DEI y ‘diversidad, equidad, inclusión y accesibilidad’ (DEIA) o bajo cualquier nombre que aparezcan”. A los pocos días Trump publicó dos órdenes ejecutivas más cuyos títulos son casi alucinantes por la manipulación del lenguaje: Executive Order 14173: Ending Illegal Discrimination and Restoring Merit-Based Opportunity (Fin de la discriminación ilegal y restauración de las oportunidades basadas en el mérito)⁸ y Executive Order 14168: Defending Women From Gender Ideology Extremism and Restoring Biological Truth to the Federal Government (En defensa de las mujeres del extremismo de la ideología de género y restauración de la verdad biológica en el gobierno federal).⁹

Numerosos artistas reaccionaron con preocupación ante estas orientaciones de la política pública estadounidense. La intervención en el Kennedy Center y estas directivas movilizaron a más de cuatrocientos creadores que enviaron una carta al NEA (National Endowment for the Arts) en protesta por el cambio en las reglas para solicitar subvenciones que impedirían el apoyo a programas que promuevan la diversidad. Los artistas expresaron en esa carta que lo que el NEA estaba realizando era una traición a la misión de la Fundación, a la que agradecían el papel que jugaba en la creación de un vibrante y diverso ecosistema artis-

tico [*the Endowment has played in creating the vibrant and diverse arts ecosystem*] del que forman parte (Pattera 2025).

La lucha emprendida por la administración Trump no sólo preocupa por el carácter ideológico reaccionario de las órdenes ejecutivas (*reactionary and discriminatory executive orders*) que ha expedido el presidente, como señala el grupo de artistas que se manifiesta con la carta citada, sino por la intervención directa en los contenidos de la producción cultural. Esta política ha avanzado de diversas maneras. En marzo de 2025 Trump dispuso otra orden titulada “Restauración de la verdad y la cordura en la historia americana” (Executive Order 14253: Restoring Truth and Sanity to American History)¹⁰ para que en las instituciones culturales, como los museos smithsonianos o el Servicio Nacional de Bosques, guardianes de los más importantes sitios históricos americanos, se terminara con la “reescritura” de la historia que daba lugar a una “narrativa distorsionada”. Dicha narrativa, según la orden ejecutiva, estaba impulsada por la ideología en lugar de por la verdad. Pretendía, según Trump, dismantelar los “cimientos occidentales” e “interpelar al racismo institucional”. Por tanto, se prohibía “la distorsión” de la historia estadounidense con narrativas divisivas. Para ello se prohíbe el gasto en –y deberán suprimirse las– exposiciones y programas que degraden los valores estadounidenses, dividan a sus ciudadanos en función de raza o promuevan programas con ideologías incompatibles con la ley y la política federales. En cambio, deberían celebrarse cuestiones como los logros de las mujeres en el Museo de Historia de la Mujer Estadounidense y no reconocer a los hombres como mujeres en ningún aspecto en ese Museo.

El asedio al Smithsonian Institute durante el primer año de la administración fue implacable. Luego de la publicación de la orden ejecutiva 14253 en marzo, en mayo Trump publicó en su red social el despido de Kim Sajet, directora durante doce años de la National Portrait Gallery. Se trató de un despido carente de sustento normativo, por lo que Sajet y su jefe Lonnie Bunch III, secretario del Smithsonian, se negaron a aceptar, sin embargo, la severidad del acoso obligó

⁷ Donald J. Trump, 2025. Executive Order 14151: Ending Radical and Wasteful Government DEI Programs and Preferencing, 20 de enero. <https://www.federalregister.gov/presidential-documents/executive-orders/donald-trump/2025>.

⁸ Donald J. Trump, 2025. Executive Order 14173: Ending Illegal Discrimination and Restoring Merit-Based Opportunity, 21 de enero. <https://www.federalregister.gov/presidential-documents/executive-orders/donald-trump/2025>.

⁹ Donald J. Trump, 2025. Executive Order 14168: Defending Women From Gender Ideology Extremism and Restoring Biological Truth to the Federal Government, 20 de enero. <https://www.federalregister.gov/presidential-documents/executive-orders/donald-trump/2025>.

¹⁰ Donald J. Trump, Executive Order 14253, Restoring Truth and Sanity to American History. 27 de marzo. <https://www.federalregister.gov/presidential-documents/executive-orders/donald-trump/2025>.

a la renuncia de Sajat unos días después. No se trataba sólo de personas, sino de una concepción del patrimonio y la historia estadounidenses expresada en los museos. Charlotte Higgins señala las enormes dificultades que el secretario de la institución ha enfrentado para mantenerse en su puesto, pese a sus empeños por defender su autonomía (Higgins 2026).

¿Qué profundidad tiene el ataque a las políticas de identidad de la actual administración de los Estados Unidos? En la orden ejecutiva que intenta regular la inteligencia artificial (Executive Order 14319 Preventing Woke AI in the Federal Government)¹¹ se ofrece lo que podríamos decir que es una síntesis del pensamiento trumpiano contra todo lo que representa identidad, corrección política y pensamiento woke:

Una de las ideologías más extendidas y destructivas es la denominada “diversidad, equidad e inclusión” (DEI). En el contexto de la IA, la DEI incluye la supresión o distorsión de información factual sobre raza o sexo; la manipulación de la representación racial o sexual en los resultados de los modelos; la incorporación de conceptos como la teoría crítica de la raza, el transgenerismo, el sesgo inconsciente, la interseccionalidad y el racismo sistémico; y la discriminación por motivos de raza o sexo. La DEI desplaza el compromiso con la verdad en favor de resultados preferentes y, como ilustra la historia reciente, representa una amenaza existencial para una IA fiable.

Con lo que he expuesto parece claro que un rasgo relevante de la política cultural trumpiana es tanto ideológica como institucional. Es decir, se propone intervenir directamente para imponer una línea de actuación. Por ejemplo, a las pocas semanas de su segunda administración, el presidente ordenó que a la sala de ópera del Kennedy Center se le diera el nombre de su esposa Melania y, para mayor gloria de sí mismo, Trump fue “elegido” presidente del Kennedy Center luego de que él despidiera a los miembros demócratas de dicho organismo.¹² En diciembre de 2025, fuera del orden estatutario y con la protesta de varios miembros del órgano directivo y de instituciones asociadas, el centro cambió su nombre a The Donald J. Trump and The John F. Kennedy Memorial Center for the Performing Arts, o el Trump-Kennedy Center. En lo que toca a las políticas de financiamiento, su programa es reducir los apoyos a los programas de diversidad y comunitarios. Por ejemplo, el National Endowment for the Arts (NEA) canceló el programa

Challenge America para el año fiscal 2026. Las pautas habían establecido que la subvención era para apoyar “proyectos que amplían el alcance de las artes a grupos/comunidades desatendidas”. Los recursos de este fondo serán destinados ahora a los festejos del 250 aniversario de la independencia del país (Grimes 2025).

¿Cómo caracterizar estas acciones de política pública de cultura? En 1967, la Unesco invitó a Mónaco a una treintena de especialistas a una discusión sobre política cultural. Fue, de hecho, la primera ocasión en que se realizaba un seminario de este tipo, y el resultado, publicado en 1969, tuvo gran influencia en los debates posteriores. Como resultado de este encuentro se acordó la presentación de informes nacionales sobre política cultural y el de los Estados Unidos fue de los primeros. Su autor Charles L. Mark, en ese tiempo director de la Office of State and Community Operations del NEA, ofrece una caracterización de la política cultural de su país.



¹¹ Donald J. Trump, 2025. Executive Order 14319, Preventing Woke AI in the Federal Government. 23 de julio. <https://www.federalregister.gov/presidential-documents/executive-orders/donald-trump/2025>.

¹² “Kennedy Center Board elects President Donald J. Trump as Board Chair”. <https://www.kennedy-center.org/news-room/press-release-landing-page/kennedy-center-board-elects--president-donald-j.-trump-as-board-chair/>.

Luego de citar el acuerdo del seminario sobre qué se entiende por política cultural: “la suma de los usos, acciones o inacciones conscientes y deliberadas de una sociedad, encaminados a satisfacer ciertas necesidades culturales mediante la utilización de todos los recursos físicos y humanos de que dispone esa sociedad en un tiempo dado” (Mark 1969: 9), el autor precisa las características de la política cultural estadounidense de fines de los años sesenta. En el documento que preparó su país para la reunión de Mónaco había considerado que en los Estados Unidos no había política cultural ni pública ni privada, pero la frase de la definición del seminario, señalando que la política cultura implica lo que se hace o no se hace en esa materia, se aplica con claridad a lo que hace su gobierno en términos de cultura.

Es difícil aceptar que el gobierno federal se abstuviera radicalmente de intervenir en la política cultural estadounidense, pero en general observó una cierta distancia y discreción en hacerlo. Esto fue lo que permitió diferenciar su política cultural de la desarrollada en otros países. En los años ochenta, los canadienses Harry Hillman-Chartrand y Claire McCaughey propusieron tipificar el modelo de participación del Estado americano en la cultura como “Estado facilitador”. Entre el extremo de apoyar los procesos creativos por un lado y, por otro, productos culturales precisos, este modelo de financiamiento de las artes se orientaba a apoyar procesos. “El objetivo de la política del Facilitador es promover la diversidad de actividades en las artes amateur y bellas artes sin fines de lucro. El facilitador apoya el proceso de creatividad, en lugar de tipos o estilos específicos de arte” (1989). El modelo opuesto sería un Estado que financiara la cultura pendiente de los productos y no de los procesos, en los que la libertad de los artistas es el factor central. La experiencia soviética sería en este caso el paradigma de “modelo ingeniero”. Lo relevante es que hoy en día la libertad creativa de los agentes culturales se ha visto afectada por la intromisión del trumpismo en la cultura, la cual ha hecho un uso casi mafioso de los apoyos fiscales. En abril de 2025 los periodistas Brian Boucher, Margaret Carrigan y Adam Schrader decían en la página *Artnet* que “Las restricciones a las iniciativas de Diversidad, Equidad e Inclusión ya afectan directamente a instituciones nacionales, como el Smithsonian, mientras que otras órdenes podrían generar mayores dificultades para los artistas que buscan subvenciones materiales y colaboraciones o exposiciones transfronterizas” (2025). Es un camino que el presidente está siguiendo para ahogar a las instituciones culturales, los medios de comunicación críticos, las universidades y hasta los deportes de su país.

La lucha contra la diversidad y el control del financiamiento a la creación artística a través de las subvenciones fiscales son las formas que ha adquirido la intervención estatal en el mundo de la cultura en la era Trump. La ultraderecha europea, ensombrecida aún por la experiencia del fascismo y el comunismo, no tiene el margen de intervención que la derecha trumpiana ha logrado. Es más, tal vez no tengan los mismos objetivos. En la actualidad, hacer coincidir los intereses económicos del capitalismo americano con las políticas de cualquier otro país, sea gobernado por cualquier tipo de partido, parece una misión de gigantes. Por otra parte, las diversas formaciones conservadoras y de ultraderecha europeas tienen menores puntos de acuerdo que los conservadores estadounidenses, que se han unido bajo el proyecto de hacer grande a América de nuevo. En Europa la unidad no es tan fácil. Como vimos el año pasado, luego de las elecciones europeas, se formaron tres grupos parlamentarios de conservadores y ultraderechistas. Los acuerdos de los partidos europeos conservadores sobre las relaciones con Rusia, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el mercado europeo y muchos otros temas son muy frágiles. Les unen en cambio sus temores: a diluir sus naciones en el proyecto europeo, al islam y a los inmigrantes, a la inseguridad económica y a ser arrastrados por los conflictos geopolíticos. Con todo, la constante es que hay cada día más votantes por la ultraderecha que construyen sus discursos a partir de la seguridad, la libertad y la mejoría económica. La pandemia incrementó sus consignas: a las libertades, al exigir el fin del enclaustramiento de la población; a los organismos multilaterales, al cuestionar su costo y eficacia; al futuro, al presentarnos una sociedad vulnerable; a los partidos tradicionales, al agotar su discurso del bienestar.

Los actuales son tiempos en que las bolsas de inconformidad han crecido y en que las redes sociales han impulsado corrientes “internacionales” de ultraderecha que comparten ideólogos, proyectos y objetivos de lucha. Y es ahora cuando el sintagma *guerra cultural* se ha convertido en *leitmotiv* de muchos personajes y partidos que en Europa, Estados Unidos y América Latina la han presentado como un recurso de defensa, incluso de autocrítica, por no atender el lento avance de la izquierda en el dominio de la cultura y no estudiar a sus ideólogos como Gramsci o Foucault. Es cierto, como dice Calos Ubilluz de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, que hay diferencias notables entre las preocupaciones de la derecha radical en diversas regiones: en Europa el miedo se observa en el temor a la sustitución de la población nativa por los inmigrantes, en especial islámica, tal como la disto-

pía de Michel Houellebecq nos presenta en su novela *Sumisión*. Otra diferencia está en las consecuencias de la migración; en Europa el efecto es el terrorismo, en América Latina es el crimen organizado. En América Latina la derecha radical se identifica más claramente con el neoliberalismo, en Europa con el soberanismo nacional y el mercado global.

En la práctica, como vemos en Brasil y en Argentina, la lucha también se ha dado contra las instituciones y las políticas. Se trata, escribe Zamorano sobre el caso argentino, del “barrido de más de un siglo de institucionalidad cultural” (2024), pero en muchas partes observamos tendencias parecidas: eliminación de ministerios de cultura, reducción de los sistemas de financiamiento a las disciplinas artísticas, mercantilización de las artes y, desde luego, rechazo al marxismo cultural expresado en las políticas de diversidad. Alex Kaiser, un muy articulado intelectual de derecha, presenta con gran claridad el impacto de ideas parasitarias, en el sentido de infecciosas, provenientes de la izquierda y que han iluminado el mundo moderno en Occidente a escala casi civilizatoria. En su libro *Parásitos Mentales. Siete ideas progresistas que infectan nuestro pensamiento y sociedad* señala que, pese a la pérdida de influencia del marxismo y tras el colapso de la Unión Soviética, este pensamiento “ha recobrado fuerza inusitada en las izquierdas occidentales mediante las llamadas “identity politics” (políticas de identidad) o movimiento woke, cuyo origen intelectual se encuentra en pensadores neomarxistas que han tomado las mejores universidades del mundo” (2024: 16). La influencia de esta corriente infecciosa la observa en siete ideas: “justicia social, derechos sociales, Estado benefactor, neoliberalismo, responsabilidad social empresarial, diversidad, equidad e inclusión, y el buen indígena” (Kaiser 2024: 17). Se trata, dice, de parásitos capitales de grave toxicidad.

¿Hasta dónde es previsible el avance de estos procesos en los países de la región latinoamericana? Es difícil preverlo, porque el despliegue de las derechas radicales varía notablemente. Pero incluso en aquellos donde parece más avallador hay espacio para un cierto escepticismo. Durante un periodo, América Latina y otras regiones del mundo se vieron atrapadas en la tensión autoritarismo y democracia en la que se creía que el proceso histórico de modernización suponía un pasaje seguro de un estadio a otro sin retrocesos. La realidad actual parece cuestionar esta confianza. Los Estados tienden a vivir más bien una situación liminar que desdibuja las seguridades que se hicieron en torno a la democracia. No es precisamente

el Estado democrático o autoritario lo relevante sino su inestabilidad, reversibilidad y ambigüedad. Puede haber elecciones libres en el país, incluso, como en México, extender el régimen electoral a los jueces y, al mismo tiempo, dismantelar otros mecanismos de control del Estado para producir condiciones de poder centralizadas y exclusivas. En estas situaciones los Estados son muy difíciles de clasificar. México vive, por ejemplo, un régimen de información pública desconocido en otros contextos. Todos los días, desde hace ocho años, López Obrador y Claudia Sheinbaum se presentan ante la prensa a contestar todo tipo de preguntas, la mayoría de las veces inútiles en cuanto a que la obviedad de las respuestas carece de interés informativo. En otras ocasiones, como funcionó de manera notable en el sexenio anterior, comunicadores aficionados hacían cuestionamientos circulares o personales sobre temas que sólo querían afirmar el carisma del líder o su superioridad ante los adversarios. Alejandro Grimson nos propone llamar a estas situaciones como de democracia liminal, pues viven o producen fronteras en las que se dan intercambios entre autoritarismo y democracia.

En la segunda mitad del siglo xx se selló un pacto entre democracia y cultura. Primero fue la lucha contra los totalitarismos en cuanto a la lucha contra el racismo y la reivindicación de las libertades individuales, luego vino la invitación a los Estados a producir políticas e instituciones culturales. Se estableció también el compromiso por la democracia en la cultura, entendida como acceso y como participación. Los últimos años del siglo y los primeros de éste pueden definirse como de triunfo aparentemente “definitivo” de la diversidad cultural. En estos procesos, política y cultura se aliaron para construir las condiciones del estado de bienestar de los ciudadanos modernos.

El siglo xxi nos hace ver que nada hay definitivo. Las propuestas de la derecha radical contra la integridad de los derechos humanos, la diversidad y la limitación de las políticas públicas en materia de cultura nos obligan a nuevos cuestionamientos. No puedo proponer soluciones al respecto, pero pienso que las respuestas también están surgiendo de los países que más drásticamente están viviendo estas transformaciones. Es en la bolsa de experiencias culturales de base comunitaria, en los proyectos que se niegan a sepultar la diversidad, en las acciones de intelectuales y agentes culturales que no cejan en su compromiso de pensar en función de otros, de artistas que a pesar del acoso producen imágenes y productos que enmarcan la lucha por la diversidad, en donde se construye la esperanza de encontrar las nuevas políticas de cultura para este siglo.

Fuentes

- Bernstein, Richard. 1990. "Rising hegemony of the politically correct". *The New York Times*, 28 de octubre.
- Bértolo, Constantino. 2025. "Trump o el capitalismo en un solo país". *Ctxt*, 12 de febrero. <https://ctxt.es/es/20250201/Firmas/48560/constantino-bertolo-donald-trump-capitalismo-stalin-EEUU.htm>.
- Boucher Brian, Margaret Carrigan y Adam Schrader. 2025. "What the arts endured during Donald Trump's first 100 days". *Artnet*, 30 de abril. <https://news.artnet.com/art-world/trump-executive-orders-arts-2605142>.
- Dans, Paul y Steven Groves, eds. 2023. *Mandate for Leadership. The Conservative Promise*. Washington: Heritage Foundation.
- Farber, Samuel. 2024. "Donald Trump, un lumpencapitalista". *Jacobin*. <https://jacobinlat.com/2024/11/donald-trump-un-lumpencapitalista/>.
- Foster, John Bellamy. 2025. "MAGA ideology and the Trump regime". *Monthly Review* 77, núm. 1 (mayo). <https://monthlyreview.org/2025/05/01/the-maga-ideology-and-the-trump-regime/>.
- Gené-Badia, Joan, Amando Martín-Zurro, Carme Batalla-Martínez, Josep Jiménez-Villa y Juan José Mascort-Roca. 2025. "EDITORIAL: Posverdad y evidencia científica en la era Trump". *Atención Primaria* 57, núm. 3 (marzo): 1-2.
- Grimes, Laura. 2025. "NEA cancels Challenge America grant and changes its guidelines and deadlines". *Oregon Artswatch*, 6 de febrero. <https://www.orartswatch.org/nea-cancels-challenge-america-grant-and-changes-its-guidelines-and-deadlines/>.
- Grimson, Alejandro. 2025. "¿Transiciones al autoritarismo en el siglo XXI? Las democracias liminales". *Caderno CRH* 38: 1-15. <https://periodicos.ufba.br/index.php/crh/article/view/64458>.
- Hall, Stuart. 2015. "Unas rutas 'políticamente incorrectas' a través de lo políticamente correcto". *Mediaciones*, núm. 14 (enero-junio): 136-148. <https://revistas.uniminuto.edu/index.php/med/article/view/1087/1028>.
- Higgins, Charlotte. 2026. "Trump's assault on the Smithsonian: 'The goal is to reframe the entire culture of the US'". *The Guardian*, 8 de enero. <https://www.theguardian.com/us-news/2026/jan/08/donald-trump-smithsonian-reframe-entire-culture-united-states>.
- Hillman-Chartrand, H. y C. McGaughey. 1989. "The arm's-length principle and the arts: An international perspective" - past, present and future". En *Who Is to Pay? The International Search for Models of Support for the Arts*, editado por M. Cummings y M. Schuster, 43-77. Nueva York: American Council for the Arts.
- Kaiser, Axel. 2024. *Parásitos mentales. Siete ideas progresistas que infectan nuestro pensamiento y sociedad*. Santiago: Ariel.
- Marcuse, Herbert (1969) 2024. *La tolerancia represiva*. Medellín: Ennegativo Ediciones Politécnico.
- Mark, Charles. 1969. *A Study of Cultural Policy in the United States*. París: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
- Milanovic, Branko. 2025. *New Capitalism in America* (blog del autor), 15 de septiembre. <https://blogs.lse.ac.uk/inequalities/2025/09/15/new-capitalism-in-america/>.
- Minnicino, Michael. 1992. "The new dark age: The Frankfurt School and 'Political Correctness'". *Fidelio* 1, núm. 1 (invierno): 4-27.
- Orain, Arnaud. 2025. "Mercantilismo y capitalismo de la finitud: los orígenes del imperio Trump". *El Grand Continent*, 20 de marzo. <https://legrandcontinent.eu/es/2025/03/20/mercantilismo-y-capitalismo-de-la-finitud-los-origenes-del-imperio-trump/>.
- Pattera, Sidney. 2025. "400+ Artists Sign Letter Asking NEA to Reverse 'Prejudicial Changes' to Grant Restrictions. The NEA recently announced extensive updates to 2026 grant guidelines, with new restrictions on programs that promote DEI". *Broadway World*, 18 de febrero. <https://www.broadwayworld.com/article/400-Artists-Sign-Letter-Asking-NEA-to-Reverse-Prejudicial-Changes-to-Grant-Restrictions-20250218>.
- Paxton, Robert (2006) 2019. *Anatomía del fascismo*. Madrid: Capitán Swing.
- Paxton, Robert. 2025. "I've hesitated to call Donald Trump a fascist. Until now". *Newsweek*, 11 de enero. <https://www.newsweek.com/robert-paxton-trump-fascist-1560652>.
- Piketty, Thomas. 2025. "Trump, le national-capitalisme aux abois". *Le Monde édition globale*, 18 de febrero. <https://www.lemonde.fr/blog/piketty/2025/02/18/trump-le-national-capitalisme-aux-abois/>.
- Roberts, Kevin D. 2023. "Foreword. A promise to America". En *Mandate for Leadership. The Conservative Promise*, editado por Paul Dans y Steven Groves, 1-17. Washington: Heritage Foundation.
- Sheposh, Richard. 2024. "Rooney Rule (NFL policy)". *EBSCO*. <https://www.ebsco.com/research-starters/sports-and-leisure/rooney-rule-nfl-policy#full-article-s/p>.
- Ubilluz, Carlos. 2024. "De como la singularidad de la derecha radical populista en América Latina permite repensar a la derecha radical populista global". *Letras* 95, núm. 141: 12-39.
- Villanueva, Dario. 2021. "Corrección política, sociedad civil y poderes". *Revista de las Cortes Generales*, núm. 110 (primer semestre): 97-132. doi: <https://doi.org/10.33426/rcg/2021/110/1567>.
- Weigel, Moira. 2016. "Political correctness: how the right invented a phantom enemy". *The Guardian*, 20 de noviembre. <https://www.theguardian.com/us-news/2016/nov/30/political-correctness-how-the-right-invented-phantom-enemy-donald-trump>.
- Zamorano, Mariano Martín. 2024. "La política cultural de Milei: zombies en un mercado simbólico". *RGC*, 2 de febrero. <https://rgcediciones.com.ar/la-politica-cultural-de-milei-zombies-en-un-mercado-simbolico/>.
- Zapata Silva, Claudia. 2019. *Crisis del multiculturalismo en América Latina*. Guadalajara: Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS)/Universidad de Guadalajara.
- Žižek, Slavoj. 2022. "What the 'woke' left and the alt-right share". *Project Syndicate*, 3 de agosto. <https://www.project-syndicate.org/commentary/woke-alt-right-fake-civil-war-between-capitalist-interests-by-slavoj-zizek-2022-08>.